

¿Qué me da un libro?

(Capítulo extraído del libro “Contra la Sacralización del libro: TODOS LOS LIBROS AL VIENTO” de Jorge Alfonso Sierra)

Hasta hoy, los tratadistas del mercadeo han intentado especificar las necesidades humanas que satisfacen los distintos productos. Los psicólogos, administradores y afines han hecho otro tanto, mientras los publicistas se devanan los sesos por lograr presentaciones cada vez más atractivas ante los ojos de los posibles consumidores. Pero todo para un sinnúmero de productos entre los que no contamos los libros.

Los libros casi siempre intentamos o justificamos presentarlos como objetos sacros, de colores solemnes, a los que hay que acercarse de pie juntillas, con una preparación previa sólo accesible a seres iniciados.

En el fondo, lo que esto muestra es una vuelta al pasado, cuando un sector de los griegos (los llamados idealistas, inspirados por Platón y Aristóteles) en su contacto con Asia, descubrieron la magnitud del proceso material que los bárbaros habían alcanzado. Pero lo despreciaron, estableciendo la disyunción más radical entre lo utilitario, “banaúsico”, y lo puramente creador: “La poesía y el pensamiento son sublimes pero la técnica se mueve al nivel de las cosas ordinarias”, afirmaban. Mientras otros pueblos sentían el orgullo de su técnica y trataban de atribuirse incluso aquello que no habían inventado, los helenos, de buen grado, otorgaban a los bárbaros los descubrimientos utilitarios.

Había, en todo esto, dosis no pequeñas de soberbia aún presentes hoy en día en muchos intelectuales de la literatura y la poesía. Esa parte de los griegos se consideraban así mismo como hombres superiores a los demás. El régimen particularista de la *polis* que conducía a la absoluta igualdad entre sus miembros, les llevó a la convicción de que ellos eran los únicos capaces de vivir en ciudades. Su lengua era superior y quienes no la poseían, bárbaros, es decir, balbucientes.

Hoy en día, notamos de la misma manera discriminaciones similares para aquellos que leen cierto tipo de literatura o poesía que no cuenta con el aval de los entendidos o los consagrados.

Esta discriminación de un gran espectro de la lectura - entre la que por supuesto se excluye la de los íconos sagrados de la literatura de moda o del momento, y a cuyo tema volveremos más adelante, - ha devenido en que no se tenga una claridad conceptual de lo que debemos hacer con un libro en su difusión, promoción o publicidad, y la confusión es tal, que muchas veces ni el editor ni el escritor saben para qué se publica, para quién, ni porqué.

Concentrándonos entonces en el contenido de un libro como base para un análisis riguroso que nos permita optar por la mejor alternativa para difundirlo, es decir, promocionarlo o publicitarlo, es necesario llegar a las preguntas obligadas:

Desde el punto de vista físico y psicológico un perfume da atractivo para el sexo opuesto, un carro transporte y poder, unas botas protección y virilidad, pero un libro, ¿qué da?

Un jugo de naranja quita la sed, un vaso de whisky torna eufórico el ánimo, un reloj permite tener conciencia del tiempo y confiere un status, un abrigo protege del frío, una comida quita el hambre, pero el libro, ¿a dónde nos lleva?

Y es esta falta de concreción lo que nos ha conducido a una cantidad de tergiversaciones con respecto al libro que cada vez le hace más daño a éste ante la gran masa de posibles lectores.

Los editores y todos los que estamos en el mundo del libro hemos sido inferiores a nuestro compromiso de posicionarlo como un objeto que puede ofrecer diferentes ganancias para la gente, tanto físicas como psicológicas. Al insistir en la pregunta, ¿para qué me sirve o qué me da a mí un vestido? ¿Qué me da un par de zapatos? ¿Qué me da un lapicero? ¿Qué me da una blusa con escote? ¿Qué me da un jabón? Y ¿un par de medias? Y ¿unas gafas? Y ¿un bluyín? Y ¿una mochila? Y ¿un libro..... que me da?

El vestido, supongo, me da elegancia, el bluyín y la mochila me identifican, me diferencian, lo mismo que las gafas y la corbata, pero el libro, por Dios, ¿qué me da el libro?

¿Me da conocimiento? ¿Un status? ¿Una mejor jerarquía laboral? ¿La posibilidad de un mejor salario? ¿Me da ternura? ¿Me da amor? ¿Me

da querencia? ¿Me da solaz? ¿Me permite suicidarme? ¿O aprender a ser un gran orador y alcanzar la Presidencia de la República? ¿Me permite lograr autoconfianza, superar la timidez? ¿O sentir alegría, o tristeza, o que me distingan y me respeten más? ¿O a que me miren con respeto y me busquen para preguntarme cosas? ¿Me permite conquistar a una mujer así sea con un poema plagiado como en “El Cartero de Neruda” o en la canción de Leonardo Fabio? O nada, no me da nada, sino ¿aislarme del mundo y hablar con los arcángeles que tiene San Gabriel?

¿Vendemos, regalamos o difundimos así los libros o lo hacemos como un objeto sacrosanto, sólo para intelectuales, de elite, para un sector escogido?

Según una encuesta adelantada en 1.992 por la Fundación para el Fomento de la Lectura, Fundalectura, en Colombia, - país que supuestamente tiene uno de los más bajos índices de lectura en muchas cuadras a la redonda, -“los colombianos leen por diferentes necesidades y motivaciones: Para adquirir conocimientos, para estar bien informados, por placer, diversión o gusto; para capacitarse para el trabajo o el estudio; tener nuevos temas de conversación , porque es una buena forma de pasar el tiempo libre y porque los pone en contacto con la realidad”.

Sin embargo, y pese a las anteriores manifestaciones, jamás promocionamos los libros bajo éstos parámetros en una clara evidencia del desconocimiento o la desestimación de los intereses o necesidades que el lector o cliente debe suscitar en el escritor o en el editor. Desestimación o desconocimiento que no observamos en otra clase de productos, tangibles e intangibles, que también entran en las apetencias humanas.

Se hace necesario aclarar, que existe una distinción obvia y rotunda entre los conceptos “dar o recibir” y “obtener ganancias”, que aquí se analizan, ante el objeto libro.

El primero (dar) lo utilizamos en su dimensión ontológica, concentrado en el concepto de proporcionar , ofrecer o procurar alguna cosa a otro, así como el segundo (Obtener ganancias) del que no lo pretendemos en su intencionalidad económica de buscar una utilidad a todo, incluido el acto simple de leer.

Vistas así las cosas, podemos concluir que dependiendo del rol que esté jugando en un momento determinado el libro – en una de sus múltiples facetas, escalas, posibilidades y objetivos - puede y debe ofrecer distintas alternativas y resultados ante los hipotéticos y reales lectores.

“Los editores debemos procurar que para ese hombre común el libro se convierta en un elemento indispensable, ofreciéndole una lectura amena, que le permita desarrollar el gusto por leer”, nos advierte Bartolomé Costa- Amic, en entrevista con Graciela Mendoza en 1.991.

En cambio, todavía muchos seguimos buscando la fiebre en las cobijas, racionalizando el que “la gente no lee porque el Estado les enseña a no leer.” (Juan L. Giraldo. Editor de Ed. Planeta. Rev.Cambio 16. Mayo 20/96).

Mirar qué es en realidad lo que le ofrece un libro a cada lector, es abandonar, de una vez y para siempre, esa maldición que ante los conquistadores sufrieron nuestros antepasados, incluso en su primera percepción ante el objeto Libro, tal como nos lo cuentan el cronista Francisco de Jerez y el quechua Guamán Poma.

Dicen que cuando Francisco Pizarro se encontró por primera vez con el inca Atahualpa, y le hizo decir por boca de un intérprete que el capellán que traía, padre Vicente Velarde, era para cristianizarlo a él y a su pueblo y darle a conocer el Dios verdadero, el inca le respondió que sabía muy bien a quienes debía reverencia: al Sol y a sus otros dioses.

Fray Vicente insistió en que su Dios era el verdadero; entonces el inca le preguntó quién se lo había dicho. El evangelio, dijo seguro Fray Vicente, y mostró el libro. Pidió entonces Atahualpa que le diesen el libro para que se lo dijese. Como lo hojeaba y hojeaba y no escuchaba nada, entonces dijo el inca: “¿Qué, cómo no me lo dice? ¡Ni me habla a mí el dicho libro!”, y con la majestad que le confería su trono, sin más miramientos y con energía, lo botó bien lejos.

Nos podemos imaginar la reacción de Fray Vicente y de Pizarro al ver que trataba así a un libro, que para colmo de males, era la Biblia. El desdichado Atahualpa, “ni siquiera con todo el oro que dio a Pizarro, pudo convencerlo de que le perdonara la vida” (El Destino de la Palabra. Miguel León-Portilla. Fondo de Cultura Económica.)

(S1)EL LIBRO ¿PARA QUIÉN?

Sabido es que el espectro de los lectores es ancho, infinito y no ajeno, sino propio, íntimo. América Latina presenta, en su conjunto, analfabetismos puros que sobrepasan el 20%, y lo más dramático es que el analfabetismo funcional – la persona que sabiendo leer no lee nunca, salvo los horóscopos-se acerca en muchos países y ciudades a un peligroso 30%.

La República de El Salvador, que realizó en la década del 90 una de las reformas educativas con campañas de alfabetización más interesantes en los últimos años en el mundo, logró reducir su índice de analfabetismo puro del 51% a un 25%..... sólo para encontrarse apenas dos años después de éste magno esfuerzo que nuevamente su analfabetismo general - puro y funcional - se hallaba en el orden del 52%!!.

La ciudad de Barranquilla, en Colombia, otrora cuna del legendario “Grupo de Barranquilla”, que cobijó al escritor quien en su momento fue el más popular y leído del mundo, Gabriel García Márquez, tenía para 1.999 en el Suroccidente de su territorio más del 30% de su población total, donde el analfabetismo funcional rondaba el orden del 37%!!

Y otra vez las preguntas asaltan: ¿Por qué?

Intentando respuestas y sin temor a desfasarnos, podemos decir : Porque no existen los libros para muchos segmentos de nuestros mercados.

Porque los escritores y los editores nos hemos dedicado a producir libros para niños, estudiantes de primaria, bachillerato, tecnologías, universidad, profesionales y lectores avezados. Nada más. Y nos hemos olvidado olímpicamente y con desdén, del resto de los posibles lectores. Con un agravante:

Que en lo que a literatura se refiere se propugna cada vez más por lecturas que demanden esfuerzos o conocimientos especializados, o análisis conspicuos, o el manejo de una riqueza lingüística superior a la del promedio de la población, (“(...) sin ninguna racionalización , es decir, irracionalmente, se da por sentado que la literatura puede enseñarse, que leer es una simple técnica neutral y un oficio fácil y que

la literatura es lo mismo que su teoría. (...) “Los amigos de las cosas fáciles, los demagogos más bien que los pedagogos, protestarán ante la supuesta complicación de algo tan fácil como leer. Para ellos, con el hábito basta y una vez adquirido éste, el lector se encargará de rellenarse de conocimientos y de placeres mentales. No es cierto. Debemos rechazar la mentira de la lectura fácil.” (Lectura y Literatura. Javier Navarro. En la obra: Los Procesos de la Lectura. Coop. Edit. Magisterio), y se menosprecia de frente y sin tapujos, a otras expresiones literarias que no alcancen esos niveles de disertación. Se tienen incluso conceptos peyorativos para estos últimos como los de “subliteratura”, o “literatura bestseller” o “literatura popular”.

“La idea de que la lectura “humaniza al hombre” es justa en su conjunto, a pesar de que existen algunas excepciones deprimentes. Se es sin duda un poco más “humano”, si entendemos por eso (ser) un poco más solidario con la especie, un poco menos “fiera”, después de haber leído a Chejov que antes.

Pero cuidémonos de flanquear este teorema con el corolario según el cual todo individuo que no lee debería ser considerado a priori como un bruto potencial o un cretino redhibitorio. Si lo hacemos convertiremos la lectura en una obligación moral, y éste es el comienzo de una escalada que nos llevará rápidamente a juzgar, por ejemplo, la “moralidad” de los libros mismos, en función de criterios que no tendrán ningún respeto por esa otra libertad inalienable: la libertad de crear. A partir de ese momento la bestia seremos nosotros, por más lectores que seamos. Y sabe Dios que bestias de esa especie no faltan en el mundo.

En otras palabras, la libertad de escribir no podría acomodarse a la obligación de leer”(Daniel Pennac. Op. Cit.)

Ay de aquel que en una encuesta para revistas del corazón o para la sección cultural del periódico del domingo diga que su libro favorito es “Papillón” en vez de “El nombre de la Rosa”, o que prefiera a Savater en lugar de Kierkegaard, o que no soporta a James Joyce y sí le parece genial Guillermo Valencia Salgado.

“Siempre he envidiado a esos compañeros del mundo de las letras cuya formación intelectual estuvo tutelada – según confesión propia – por el patronazgo de los creadores más elevados y eximios. Cuando los curiosos reverentes (normalmente colaboradores en algún suplemento cultural) les preguntan por las influencias decisivas en su vocación literaria, esos privilegiados sueltan una retahíla impecable de nombres que es imposible escuchar o pronunciar sin poner los ojos en blanco:

Holderlin, Tolstoi, Hoffmannsthal, Robert Musil, Proust, Faulkner.....Otros, más fieros, no se reconocen más que en Aristóteles y Dante. Famoso autor español hay que aparte de La Celestina, Quevedo y Cervantes, no debe gratitud a nadie. ¡Qué bien quedan tales declaraciones en los suplementos culturales! ¡Qué suerte la de quienes pasaron a todo trapo de la incultura pueril a la alta cultura! En cuanto salieron de los balbuceos primarios cayeron sobre Dostoiewski.....

London, Salgari, Verne....Por supuesto, yo procuro imitarles cuando me toca responder en situaciones similares a los periodistas, para no desentonar (a veces son redactoras jovencitas, muy agradables, porque afortunadamente en cosas de la cultura los periódicos siempre utilizan al último incorporado a la plantilla o a los que aún están en prácticas).También yo les aseguro que aprendí a escribir alternando a Píndaro con Thomas Mann y haciendo ocasionales excursiones a Lezama Lima. ¿No sería un desprestigio confesar la verdad: que todo se lo debo a Jack London y a Salgari, que amo a Julio Verne y que me atasqué con Proust, que nunca he logrado salir de H.G. Wells y Conan Doyle? Por no hablar de Richmal Crompton. ¿Quién es Richmal Crompton? No aparece mencionada en el copioso volumen dedicado a las literaturas anglosajonas de la Enciclopedia de la Literatura editada por Alianza: la busco y no la encuentro, aunque por los aledaños alfabéticos tropiece con Dhabí Crockett, el del gorro con rabo de piel de castor, que por lo visto también escribió cosas notables. (...)Entonces...¿existió de veras una tal Richmal Crompton? Pues sí, créanme. ¿Quién fue? Mi hada madrina: sopló sobre mi cuna el hálito libérrimo de la irreverencia, de lo imprevisto, de la rebeldía con humor y sin crueldad. Me convirtió en proscrito... dentro de un orden. Lo siento, pero debo confesar que a Dante y a Goethe les debo mucho menos.(Fernando Savater. La dama proscrita. La Nación. Costa Rica. 15 de septiembre del 2.000).

Y Gabriel García Márquez dice en una entrevista concedida a Juan Gossaín en 1.971 para el diario El Espectador de Bogotá: “Leo muchos libros que no se distinguen por su importancia literaria sino documental: memorias de secretarías y secretarios de personajes célebres, aunque sean mentiras, y excepcionalmente, “Papillón”, un libro apasionante sin ningún valor literario”.

Y Ernesto Sábato afirma: “Hay momentos en que uno desea leer novela, otros en que necesita un libro de pensamiento” (Entre la letra y la sangre. Conversaciones con Carlos Catania. Ed.Seix Barral)

A Alejo Carpentier le preguntaron en alguna oportunidad “¿Tiene manías?, ¿Cuáles?” y sosegadamente respondió:

“La de leer textos ajenos a la literatura; catálogos de productos avícolas y de hortelanería, por ejemplo. O bien prospectos de medicina. Rótulos callejeros, que siempre leo al revés y al derecho. Y ciertos avisos de la publicidad norteamericana que hacen mis delicias como aquel que aparecía encabezado por esta sugerente invitación: ·Hágase detective por correspondencia”.

(Entrevistas a Alejo Carpentier. Compilación, Selección, Prólogo y Notas de Virgilio López Lemus. Ed. Letras Cubanas.)

Si miramos con lupa y detenimiento este espectro aquí presentado, y abstraemos las consideraciones de Savater, de García Márquez, Carpentier y Sábato, notamos entonces que tanto escritores como editores, estamos trabajando de espaldas al sol, sólo para una selecta minoría y que existe mucho qué cuestionar en la demagógica palabra de trabajar “ por la cultura”.

Desconocemos que “no se puede pasar de la nada a lo sublime sin paradas intermedias. No debe exigirse que quien nunca ha leído empiece por Shakespear, que Habermas sirva de introducción a la Filosofía y que los que nunca han pisado un Museo se entusiasmen de entrada por Mondrian o Francis Bacon” (Fernando Savater. El Valor de Educar. Edit. Ariel)

Organizaciones editoriales que funcionan como Clubes de Libros

(como la casa Bertelsmann de Alemania) tienen muy claro que al penetrar en los países americanos, en donde los niveles educacionales en grandes porciones de la población son apenas de primaria y bachillerato, deben ir haciéndolo con libros que conlleven a una lectura en concordancia con su nivel de comprensión. Igual que de acuerdo con el nivel de capacitación de un estudiante éste va accediendo a un conocimiento cada vez más exigente, de idéntica manera las masas poblacionales pueden ir acercándose poco a poco y sin conminaciones engrandecidas, a lecturas que exijan niveles de comprensión cada vez más sofisticadas.

No es entrar de un tajo a una población con las obras completas de Hegel o las novelas de Gunter Grass, sino de ir despacio y sin afanes,

logrando el que primero la gente se acostumbre a invertir en libros, aunque al comienzo sean sólo de placer, para luego ir depurando las ofertas de acuerdo con el avance comprensivo de los lectores.

Podríamos fácilmente acoger el ejemplo de España, donde “A principios del siglo tenían relativamente bastante difusión los libros útiles, los de texto, los manuales profesionales y los que daban solución a problemas de diferente índole: recopilaciones, reglamentos, guías, manuales prácticos(fotografía, electricidad, cocina, corte y confección, conservas y reparación de automóviles, por ejemplo) o el simple calendario zaragozano.” y (...) “ A medida que avanza el siglo, la producción va haciéndose más compleja para atender a las aficiones y las necesidades profesionales del cada vez más elevado porcentaje de la población con estudios elementales y medios que, además, desea completar su formación profesional, cultural y política.” (Hipólito Escolar. El Libro y la lectura en el siglo XX. La edición moderna. Siglo XIX y XX. Ed. Fundación German Sánchez Ruipérez.)

En teatro - otra forma masificada de acercar la cultura a la mayoría de la población - comprendemos que es bastante diferente, y se dirige a públicos muy distintos - montar en escena “Quién le teme a Virginia Wolff”, “Equis” o “Esperando a Godot”, que hacerlo con “Antígona”, “La Zapatera prodigiosa” o “Fuenteovejuna”.

Con el libro, alambicamos demasiado la discusión y controvertimos si placer es igual que facilidad, por lo que caemos en la difícil polémica de entrar a diferenciar entre un “libro de calidad” y un “libro de no calidad”, (y muchas veces centrados en la lectura para el niño). Exigimos, como en la escuela, el colegio o la academia, que siempre la lectura constituya un reto a la inteligencia, que permita crecer y que nos inquiete ante ese descubrimiento de un mundo que no conocíamos, “ Como si (...) el papel de la escuela se limitase en todas partes y para siempre a la enseñanza de técnicas, a la tarea de comentar, y cortase el acceso inmediato a los libros mediante la proscripción del placer de leer. Parece establecido desde la eternidad, en todas las latitudes, que el placer no tiene porqué figurar en el programa escolar y que el conocimiento no puede ser sino el fruto de un sentimiento bien comprendido”.(Daniel Pennac.Op. Cit).

“(…) Hacemos eco de las palabras de Andricaín, Marín de Asa y Rodríguez (1.993,) pues no nos debemos concentrar solo en la riqueza informativa o educativa del texto. Tradicionalmente los educadores (incluidos los padres de familia, maestros y bibliotecólogos) buscan el conocimiento en la lectura: la moraleja, la enseñanza, el dato objetivo. Así, se ve el acto de leer como una acción que debe tener un resultado traducible en ganancia.” (Programa de Promoción de Lectura. Elaborado por C. Rubio, N. Morales, Rafael Jiménez e Irma Reyes. Costa Rica. Tomado de Costa Rica y sus libros.1.998).

“(…) De los textos patrióticos, copiados en textos bien ordenados, podrían deducir que la retórica política desbancaba en nuestra educación a los primores de la literatura.(…) De la uniformidad de los comentarios los visitantes podrían concluir que se nos enseñaba a leer no para disfrutar ni para adquirir conocimientos sino meramente para inculcarnos moralejas”. (Alberto Manguel. Op. Cit.)

Comprar, obsequiar, recomendar o prestar un libro, no debe ser un acto distinto al de cualquier otro de la cotidianidad de los seres humanos. Las flores que se envían a nuestra amada, el helado que se regala al niño, la película que se recomienda , el jugador de fútbol al que extasiados vamos a ver jugar todos los domingos, el restaurante o el bar que frecuentamos, la pecosita aquella que solo a nosotros nos gustaba a pesar de la perplejidad de nuestros amigos, la muñequita más fea que siempre mi niña lleva bajo el brazo mientras deja abandonado en un rincón de su cuarto el oso de peluche que tanto dinero me costó, todos son actos soberanos, de escogencia, aquellos que sólo deben corresponder a la íntima satisfacción que sienten al poseerlo o degustarlo los seres humanos. ¿Porqué entonces – ¿quién lo dijo, que fuerza sobrenatural así lo dictaminó, de qué Olimpo surgió ese Dios que nos lo impuso? – debemos excluir a los libros de la misma libertad o placer que deben proporcionarnos?